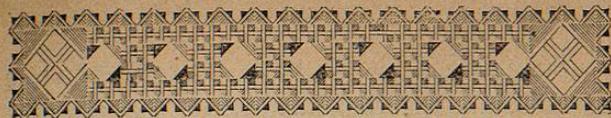


¿No se ensancha vuestro corazón de niño con este pensamiento? ¿y toda una atmósfera de paz, de alegría, de suave y dulce esperanza, no circunda vuestro sér entero, y no penetra hasta lo más íntimo de vuestra alma?

Estar en relaciones con Jesucristo, llegar hasta cierto grado á unirse con Jesucristo, á sentir lo que siente, á amar lo que ama, á obrar como El obraba, es dar á la vida una dirección hacia las cosas grandes y elevadas, y poner en la voluntad una poderosa energía para practicar la virtud.



CAPITULO SEGUNDO.

MEDIOS GENERALES

PARA LLEGAR Á IMITAR Á JESÚS NIÑO Y ADOLESCENTE.

I.

Multiplicar al rededor del niño las imágenes del Niño Jesús, y hablarle á menudo del Niño Jesús.

Esta primera página está dedicada especialmente á vosotras, *madres cristianas*.

Vuestros hijos, cuando hayan crecido, la leerán más tarde, y se sentirán dulcemente conmovidos al recuerdo de vuestra piadosa dedicación para formar sus almas; y algunos quizá, echarán de menos la dicha y la tranquilidad que les proporcionaban aquellas pequeñas prácticas que también supisteis inspirarles.

1º Procuraos las imágenes y pequeñas estatuas del Niño Jesús que sean más vivas, más graciosas y que causen mayor impresión.

Colocadlas enfrente del lecho de vuestro hijo para que se le muestren bien iluminadas y resplandecientes, al abrir los ojos.

Que vea, al mismo tiempo que os vé á vos su madre, al *pequeño Jesús*, extendiendo sus brazos hacia él y observándole con su más atractiva sonrisa.

Y al despertarle con vuestro primer beso, decidle: *Ve al pequeño Jesús que te mira; dile: Buenos días, pequeño Jesús; y mándale un beso.*

Son numerosas y variadas las imágenes del Niño Jesús.

Todas despiden una gracia que, penetrando dulcemente en la imaginación y en la memoria del niño, dejan en ese pequeño sér tan impresionable, la más suave de las enseñanzas.

Es *Jesús orando* de rodillas, con las manos unidas y los ojos bajos en actitud piadosa.

Es *Jesús trabajando* al lado de su madre y de su padre, y mirándolos con amor.

Es *Jesús asiendo á su madre de la mano* y andando con ella.

Es *Jesús de pie* cerca de su madre que está sentada, escuchando las lecciones que le da.

Es *Jesús en el pesebre*, recostado sobre un poco de paja

La influencia de estas imágenes sobre las primeras impresiones de un niño es inmensa.

2º Hablad á menudo del Niño Jesús á vuestro hijo.

Vosotras, madres, tenéis por gracia especial, el tacto y la ciencia que sin esfuerzo hace penetrar en el alma de vuestros hijos, el conocimiento y el amor de Jesús.

Jamás una maestra, por piadosa que sea, podrá encontrar como vosotras las palabras, las comparaciones y las imágenes que se os vienen naturalmente á los labios.

Jamás podrá un libro deciros las palabras que debéis emplear.

No busquéis; mirad al Niño Jesús y mirad á vuestro hijo; unidlos á ambos en un mismo amor, y después abrid vuestro corazón.

3º Enseñad á vuestro hijo, desde que veáis iluminarse sus miradas como para sorprender todos vuestros movimientos y todas vuestras palabras, enseñadle á unir las manos como el pequeño Jesús. Enseñadle lo que también se expresa con esta frase que sólo una madre cristiana ha podido encontrar: *Transformarse en Jesús.*

Transformarse en Jesús es imitar á este divino Niño en los diferentes actos que todas las madres enseñan á sus hijos y que María enseñó á Jesús.

No temáis demostrarle que Jesús ha sido pequeño como él, y que ha crecido como él teniendo una madre á su lado.—¡Oh! no separéis jamás á la Santísima Virgen del Niño Jesús; referid, á menudo y de mil maneras, cuánto amaba Jesús á su madre, cómo la obedecía, cómo la escuchaba y cómo la hacía dichosa.

No temáis repetir á vuestro hijo las *leyendas* acerca de la infancia de Jesús, que si no tienen nada absolutamente *verdadero*, tampoco tienen nada que sea absolutamente *falso*. Traen á la memoria escenas que *han podido pasar* y que conducen siempre al amor del divino Niño. Y á no dudar, Jesús, como todos los niños, tuvo compañeros de su edad, jugó con ellos y oró. Jesús amaba ciertamente las flores y los corderos. Pudo hacer cosas maravillosas para recrear aquéllos á quienes llamaba sus amigos.

4º Desde su primera salida, llevad á vuestro hijo al pie del tabernáculo donde Jesús reposa, y allí sencillamente, pero con toda la generosidad de vuestra alma ofrecedle á Jesucristo.

Rogad á Jesucristo que conserve en su alma la gracia del Bautismo, y pedidle que os inspire para hacer *un santo* del niño que os ha confiado.

Id también al altar de la Santísima Virgen, y allí ofrecedle, ó más bien presentaos, ofreceos vos misma, y decid á esta piadosa, amante y abnegada madre de Jesús: *María, sed mi modelo, sed mi protectora, sed mi fuerza, sed mi inspiración, y ayudadme á hacer de mi hijo otro Jesús.*

A medida que se desarrolle la pequeña inteligencia de vuestro hijo, enseñadle que el tabernáculo es la morada de Jesús; hacedle unir sus manecitas ante el altar y repetir varias veces: *Jesús mío, yo os amo con todo mi corazón.*—En vez de largas preces, buenas y piadosas palabras dirigidas á Jesús y á la San-

tísima Virgen. El *Padre Nuestro* y el *Ave Maria* se enseñan fácilmente á los niños pequeños.

Aprovechad todas las fiestas de la Iglesia para iniciarle poco á poco *en las cosas de Dios*; que el tiempo de Navidad con su pesebre resplandeciente de luces y poblado de pastores y corderillos, sea para él el tiempo más amado.

Que de año en año, le sean familiares todos los cuadros de la Iglesia.

Por los cuadros del *Via Crucis* aprenderá la Pasión de Jesucristo.

Por los cuadros del *Santo Rosario* aprenderá la vida de Jesús y de María.

Por las imágenes y estatuas *de los Santos* aprenderá lo que era san José, lo que quiere decir *patrón* de una parroquia, así como que ha habido santos y santas de su edad.

Complaceos en mostrarle al *Angel de la Guardia* y decidle, que está protegido por un ángel como el pequeño niño que ve.

Allí, abrigado bajo las alas de este ángel, hacedle algunas veces besar piadosamente los pies de Jesús crucificado.

La iglesia parroquial es un hermoso libro.

Poned á vuestro hijo en contacto con *el sacerdote* á quien hayáis confiado la dirección de vuestra alma.—Que vea al sacerdote como á un amigo y como á un padre; que vaya á él con agrado, y se sienta dichoso en su presencia.

6º Que los primeros libros que pongáis en las manos de vuestro hijo para enseñarle á leer, le muestren las facciones dulces y sonrientes del *Niño Jesús*. Si podéis, dadle el *Alfabeto del Niño Jesús*, gracioso volumen ilustrado con admirables imágenes, (editado por Mame), después de una *Historia Santa* con estampas.

Que las primeras poesías que aprenda de memoria le hablen también de Jesús.

Que os parezca á vosotras, oh madres, que cualquiera página en la cual no se lea el nombre de Jesús, no puede hacer bien á vuestro hijo.

7º Oh madres, llenad el corazón, el alma y la inteligencia de vuestros hijos con el pensamiento de Jesús, con el amor de Jesús y con la necesidad de agradar á Jesús.

El alma de un niño es *un vaso de oro* que es preciso llenar con los más preciosos perfumes á fin de que conserve su aroma por mucho tiempo.

Es *un templo* que es necesario hacer digno de Jesús que debe venir á él por la santa comunión.

Es un *suelo virgen*, listo para producir, que es preciso sembrar de virtudes.

Es más que todo éso; es *un cielo* que es preciso tachonar de esas brillantes estrellas que se llaman *pensamientos cristianos*; un cielo donde Jesús debe habitar y desde donde quiere comunicarse á los demás.

Y sois vosotras, madres, quienes debéis *verter ese*

perfume, ornar ese templo, sembrar esa tierra é iluminar ese cielo.

Cuando vuestro hijo está en vuestros brazos, decía un Obispo ante una asamblea de madres, *está como en la escuela. El primer banco de escuela para un niño es el brazo de su madre.*

El Conde de Maistre, ese genio notable por la fe viva que daba tanta justeza á sus pensamientos, ha dicho: "El hombre moral está formado quizá á los diez años, y si no lo está en las rodillas de su madre, téngase ésto como una gran desgracia. Si una madre se ha impuesto el deber de imprimir en la frente de su hijo el *carácter divino*, se puede estar casi seguro de que la mano del vicio no lo tocará ese niño podrá apartarse un instante del buen camino, pero volverá con seguridad al punto de partida."

Formadle á semejanza de Jesús.

Escuchad lo que se ha dicho de san Luis Gonzaga:

"Su madre no dejó pasar un solo día sin hacer sobre él la señal de la cruz. Todos los días se complacía en repetirle, con expresión de respeto y amor, *los benditos nombres de Jesús y de María*; y las primeras palabras que la dichosa madre pudo recoger de los labios de su pequeño ángel, fueron *¡Jesús! ¡María!* Cuando comenzó á hablar, Luis ya sabía orar."

8º Os hemos dicho en las primeras páginas de este libro: *Sois vosotras quienes debéis inculcar la doctrina en el alma de vuestros hijos*. Se necesitarán muchos días para que la puedan comprender y amar,

pero no os canséis. Comenzad de nuevo cada día con la misma paciencia y con la misma abnegación; haced, como dice agradable y muy justamente un santo, lo que la paloma hace con sus crías; deposita en su estómago el alimento que les destina; allí lo prepara, y después va con amor á darlo á sus pequeños.

II.

Hacer que el niño conozca, lea, aprecie y ame el libro de los santos Evangelios.

Estas páginas son aun para vosotras, *oh madres*; para vosotras también, *maestros piadosos*, á quienes la madre, enviada por el sacerdote, ha venido á confiar á su hijo.

Las palabras de la madre, en el seno de la familia, han comenzado, en el alma del niño, el conocimiento y el amor de Jesús.

La enseñanza más directa del sacerdote, cuando aun no hacía más que repetir lo que había dicho la madre, y su bendición que es como un rocío celestial, han fortalecido ese conocimiento y ese amor.

Y bajo esas benditas influencias, la gracia recibida en el Bautismo se ha desarrollado en aquella alma de niño: *Jesús ha comenzado á formarse.*

A vosotros toca, maestros y maestras cristianos, continuar esa obra, de acuerdo siempre con la madre y con el sacerdote.

Lo que querríamos, según el deseo que á menudo han expresado hombres cuya vida se consagró á la juventud, es que el *santo Evangelio* fuese más conocido, apreciado, amado y estudiado por los niños.

Es necesaria, al niño sobre todo, una dirección para la lectura y el estudio de ese libro divino, y un maestro piadoso y experimentado sabrá distinguir fácilmente lo que conviene *á tal edad, á tal carácter, á tal situación ó á tal accidente de la vida.*

El Evangelio tiene *imágenes* que arrebatan, *historias* que cautivan, *consejos* que se insinúan fuerte y suavemente, *reproches* que penetran sin herir, *direcciones* que arrastran y *lecciones* que se graban profundamente.—Tiene sobre todo *una gracia* especial para hacer comprender las cosas de Dios.

¡Oh cuánto bien puede hacer á un alma infantil el estudio del *santo Evangelio*, prudentemente sin duda, pero afectuosa y piadosamente dirigido!

Hablaremos, después, de *la lectura del santo Evangelio en la familia.* Ahora dedicaremos sólo algunas líneas á este libro divino, desde el punto de vista de la formación de Jesús en las almas.

*
* *

1º El *santo Evangelio*, escrito en cierta manera, bajo el dictado de Dios, nos hace conocer á la persona de Jesucristo y los sentimientos que adornando su alma, se escapaban llenos de respeto y sumisión

hacia su Padre, y llenos hacia nosotros de un afecto que ningún otro afecto puede igualar sobre la tierra.

El santo Evangelio es como el *retrato* de Nuestro Señor Jesucristo, y reproduce á nuestras miradas, en cuanto éstas son susceptibles de verle, su sér entero: el sér exterior y el sér interior.

Retrato *vivo* que *nos habla* como nos habría hablado si hubiésemos vivido cerca de El en Nazaret, y que, de la inmovilidad de la página escrita *viene* de algún modo á nosotros, penetra en nosotros, se hace sentir en nosotros donde produce si nos prestamos á su acción, el *gozo* que, en los días de su vida mortal, Jesús producía en los niños, la *paz* en los que estaban inquietos, la *esperanza* en los desgraciados, y la *luz* en todos los que buscaban la verdad.

Retrato que se refleja en toda alma que se coloca en la presencia de Jesús y le mira con amor.

Toda alma de buena voluntad le ve, según necesita verle.

Jesús es presentado por el Evangelio al niño, al adolescente, á la madre de familia, al sabio, al pobre, al apóstol, al religioso, . . . de manera que sirva de *modelo* á todos.

No solamente presenta á Jesús, sino que le da.

2.º El Evangelio no es sólo un *libro* y un *retrato*, es como un *sér viviente*, con una acción real y un poder de asimilación al cual nadie resiste sin un esfuerzo violento. *Yo abro este libro*, decía san Igna-

cio, *como abriría la puerta del Tabernáculo*. Jesús está allí, y viene á mí.

¡Oh libro del Santo Evangelio! ¡Dichoso quien comprende lo que es! ¡Feliz el que, como los primeros cristianos, siente la necesidad de llevarlo siempre consigo y de estrecharlo materialmente sobre su pecho con un sentimiento de amor!

3.º Sería preciso que todos, desde los primeros días del desenvolvimiento de nuestra vida intelectual, tuviésemos en las manos el libro de los santos Evangelios, y que, entre los libros llamados clásicos porque están destinados durante nuestros tiernos años á iniciarnos en la vida y á formarnos para las luchas de la existencia, ese libro divino fuese el más apreciado, el más estudiado y el más amado.

Sería preciso que, más tarde, en nuestro aposento, el santo Evangelio estuviese en la primera fila de nuestra biblioteca, siempre al alcance de nuestra mano como el libro que aconseja y que guía, aun en los asuntos materiales.

4.º Es hermoso, sin duda, conocer la vida de aquellos hombres que se han inmortalizado por su genio ó por sus conquistas; este conocimiento puede dar á nuestra vida más actividad é indicarnos los medios de hacerla más útil.

Es más hermoso aun—porque la utilidad que de ello resulta es más segura, más real y más fecunda,—conocer la vida de aquellos otros grandes hombres á quienes llamamos *santos*, es decir, hombres

entre los cuales es superior todo cuanto constituye la verdadera grandeza: *la voluntad firme y constante* para el bien, la *abnegación* que nunca desfallece, la *rectitud de juicios* que se dirige siempre hacia lo justo y recto, y á menudo, tan á menudo como entre los demás, la *inteligencia y el genio*, que producen obras útiles á todo el género humano.

Pero ¡cuánto más bello, más luminoso y más fecundo es, en resultados prácticos, el conocimiento de la vida de Jesucristo, del alma de Jesucristo y del corazón de Jesucristo!

El que desde su infancia, se ha acostumbrado á leer con respeto y amor el santo Evangelio, que poco á poco con la gracia de Dios y bajo la dirección de la Iglesia, ha penetrado en el alma de Jesucristo, á la vez divina y humana, ha oído á ese divino Maestro hablarle, aconsejarle, dirigirle. ¡Ah, cómo sentirá elevarse su alma, enardecerse su corazón y afirmarse su voluntad!

5º La lectura del santo Evangelio debe ser:

1. *Una lectura piadosa.* Los santos la ejecutaban de rodillas, besando el texto sagrado, y antes de comenzarla, se decían: *Recógete, alma mía, y escucha: Jesús va á hablarte.*

Hagamos crecer en el alma del niño este sentimiento de piedad que debería llegar hasta la veneración. Que su *libro de los santos Evangelios* tenga un lugar aparte entre sus libros, que lo abra con respeto y lo conserve en un estado especial de limpieza.

2. Una lectura tranquila, reposada y reflexiva que deje penetrar en nosotros los ejemplos y la doctrina de Jesucristo.

Debería ser un verdadero estudio; y para iniciar ese estudio indicaremos al fin de este volumen, un método que nos lo haga fácil.

* * *

A vosotros ahora, niños y adolescentes, adolescentes sobre todo, es á quienes vamos expresamente á dirigirnos.

Vamos á exponer ante vosotros la persona amada de Jesús niño y adolescente.

Abrid los ojos de vuestra alma: ¡*Mirad!*

Abrid vuestra inteligencia: ¡*Estudiad!*

Abrid vuestro corazón: ¡*Amad!*

Desplegad toda la fuerza de vuestra voluntad y poneos en obra: ¡*Imitad!*

III.

Representarse á Jesús perfecto.

Esta palabra *perfecto*, es decir, el estado de un *sér* á quien no falta nada, de un *sér* al cual la imaginación más brillante, el genio más profundo, no pueden desear más de lo que posee, esta palabra *perfecto* es la única que conviene á Nuestro Señor Jesucristo.

En El, y en grado sumo, se encuentra todo lo que hay de candor, de gracias, de atractivos y de sencillez en *los niños*.

En El, todo lo que hay de exquisita sensibilidad y de delicadeza en el corazón de las vírgenes más puras.

En El, todo lo que hay de sacrificio, de afectuosa ternura, de previsora solicitud y de perpetua abnegación en *la más amante de las madres y en el más fiel de los amigos*.

En El, todo lo que hay de fuerza en los mártires más heroicos.

En El, todo lo que hay de gloria y de ciencia en los doctores á quienes honra la Iglesia, y en los hombres superiores á quienes exalta la historia.

En El, todas las luces, todas las virtudes y todos los ardores de los ángeles.

En El, en fin, toda la santidad que hay en la tierra, y todo el júbilo y la gloria que hay en el cielo.

Y esta perfección no tiene nada que deslumbre la vista ni que llene de espanto á la imaginación.

En la persona de Jesucristo todo parece tan sencillo y tan natural, que si se siente uno admirado de verle, no por éso se sorprende. Lo que en El se ve, es simplemente lo que se había soñado.

Es un hermoso edificio en el cual todas las líneas están armonizadas con tal arte, que se goza de su belleza con calma, con placer y con tranquilidad, sin que se escape de los labios un grito de admiración.

Jesucristo es el ideal que se nos presenta para atraernos y encantarnos con su perfección y su belleza, y para excitarnos, con el desenvolvimiento del amor á lo bello que Dios nos ha infundido, el deseo de semejarnos á El de algún modo.

Jesucristo es el ideal de toda virtud y de toda acción, así como de toda condición.

“El ideal de la caridad y de la justicia, de la humildad y de la magnanimidad, de la prudencia y de la fuerza, de la dulzura, de la pureza, de la modestia, de la abnegación, de la mortificación y del celo.

“El ideal del silencio y de la palabra, de la oración y del trabajo, del gozo y del sufrimiento.

“El ideal completo en el cual cada uno encuentra á aquél á quien sueña; y parece que Jesucristo ha querido manifestarse todos los días que pudieran interesar á nuestra perfección y nuestra salud, á fin de que, en todas las condiciones, en todas las situaciones providenciales, y en todos los estados exteriores ó íntimos no tuviésemos más que observarle é imitarle.”—(SAUVÉ.)

Y este ideal no está colocado en una lontananza inaccesible, ni rodeado de una irradiación que deslumbra; está cerca de nosotros y á nuestro alcance; el niño en la familia, el estudiante en el colegio, el aprendiz en el taller, el trabajador en la fábrica ó en el campo, el enfermo en su lecho, el pobre, el rico, el desamparado, aquél á quien el mundo circunda de brillo, y aun el culpable que se arrepiente, todos pue-

den fácilmente encontrar en él la *luz* que les muestra lo que deben hacer y la *fué*rza que los sostiene en sus empeños.

IV.

Representarse á Jesús perfecto en su exterior. (1)

Vosotros no habéis tenido la dicha de ver á Jesús niño y adolescente como la tuvieron en otro tiempo, la Santísima Virgen María su madre, san José y los felices niños de Nazaret.

Os falta esa presencia material para excitar vuestra admiración y alentar vuestra imitación; no podéis ver á Jesucristo con los ojos del cuerpo, pero podéis verle con vuestro corazón.

El corazón puede ver lo que él ama, y esta vista no lo cansa jamás y le proporciona siempre nuevos goces.

Formaos, pues, en vuestras horas de tranquilidad, durante la oración, *una imagen de Jesús*, de Jesús cuando tenía vuestra edad.

Formadla *bella, muy bella*, con todas las virtudes, todas las cualidades y todos los atractivos que desearíais encontrar en vuestros amigos. No os será posible exagerarla; estad seguros de ello.

(1) Véase al fin del capítulo una nota sobre el *crecimiento de Jesucristo*.

Belleza exterior, sonrisa habitual, gracia en el andar, amabilidad en las palabras, delicadeza en el modo de ser, piedad en la oración

Buscad todo lo que os agrade, os atraiga y os encante, y dadlo á Jesús; tiene todo éso en un grado al cual vuestra imaginación jamás podrá elevarse.

“El rostro de Jesús era tan hermoso, dijo la Santísima Virgen á santa Brígida, que nadie le miraba sin ser consolado, teniendo el dolor en el alma. Los *justos* experimentaban un consuelo espiritual, y los *malos* eran aligerados de la tristeza del siglo todo el tiempo que tenían los ojos fijos en él. También los afligidos acostumbraban decir: *Vamos á ver al Hijo de María, para ser aliviados á lo menos por un momento.*”

V.

Representarse á Jesús perfecto en sus acciones.

No temáis representaros á Jesucristo en la edad á que habéis llegado.

Tuvo, como vosotros, *diez* años, luego *once*, después, *quince*, en seguida *dieciseis* años.

No temáis tampoco verle ocupado durante el día, en los diferentes trabajos á los cuales os estrecha vuestra posición.

Seguidle hora por hora.

Imaginaos que está *cerca de vosotros* vuestro compañero de estudio, y que se le imponen, en el día, los mismos deberes que á vosotros mismos.

Se levanta, ora, estudia, escribe, toma sus alimentos y se divierte como vosotros.

Jesús mismo hizo todo éso, y lo haría aun si, volviendo á ser niño y adolescente, estuviese en la casa en que estáis.

¡Oh, cómo debió ejecutar cada una de sus acciones *á la hora exacta, continuarla diligente, atenta y dulcemente, interrumpirla si se le solicitaba y después volver á emprenderla con tranquilidad, molestarse por ser útil sin murmurar jamás, prestarse con todos para serles agradable, no quejarse de una contrariedad, de una falta de atención, de un olvido y de un disgusto, ser siempre el primero en adelantar, mostrarse hacia todos, hacia los más pequeños, los más débiles y los abandonados sobre todo, con una inagotable bondad!*

¡Oh, de cuan buena gana habríais hecho de El vuestro íntimo amigo! ¡Cómo habría excitado en vosotros su amistad, poco á poco, el deseo de semejaros á El!

Podéis tener aun ese deseo. Permaneced cerca de El; vedle cerca de vosotros; le encontraréis tan amable y tan bueno, que instintivamente le diréis: *¡Oh Jesús, oh dulce amigo que me permitis amaros, ayudadme á ser en algo como Vos!*

VI.

Representarse á Jesús perfecto en sus sentimientos.

Si los actos exteriores de Jesús eran tan hermosos y tan atractivos, ¡oh, cómo *su alma*, principio de esos actos, *su alma*, á la que el exterior de Jesús dejaba irradiar como irradia una luz á través de un cristal muy puro, debió ser atractiva y hermosa!

Las *virtudes exteriores* de Jesús podían medirse en cierto modo; estas mismas virtudes, en el principio que las inspiraba, no podían ser comprendidas ni aun por los ángeles del cielo.

El cuerpo de Jesús era como un templo del cual su corazón era el altar, y de ese altar subían perpetuamente á Dios en adoración, en expiación, en acción de gracias y en impetración, todos los actos que las criaturas deben á su Creador, actos *divinizados* por su unión con Jesucristo.

Reunid con el pensamiento todos los sentimientos de adoración, de respeto, de amor y de obediencia que se escapan y se escapan, durante toda la eternidad, del corazón de la Santísima Virgen, de todos los ángeles y de todos los santos; son hermosos, son santos, pero no son más que una débil imagen de los sentimientos de Jesús.

Representaos la paciencia más heroica que pueda caber en un alma oprimida por los dolores, las humillaciones y las angustias, y no será más que una débil imagen de la paciencia del Corazón de Jesús.

Pensad en una virtud cualquiera que sea: *la piedad, la pureza, la dulzura, la humildad* la encontraréis muy hermosa en la Santísima Virgen y en los santos; pero en Jesús, y sólo en Jesús, reside como en su única fuente, y de allí se comunica al alma de los santos.

“Cuando nombro á Jesús, decía san Bernardo, me represento á un niño afable, humilde, benigno, sobrio y misericordioso, que no se distingue de los demás sino por su santidad, su dulzura y su honestidad.”

Jesús quiere comunicaros estos sentimientos.

Quiere ayudaros á pensar como El, á sentir como El, á querer como El, y á obrar en seguida como El.

Ahora bien, ¿tenéis una contrariedad, una pena ó un disgusto? decid: *Si Jesús hubiera experimentado lo que yo experimento, ¿cuáles habrían sido los sentimientos de su corazón?* y añadid: *¡Oh mi Maestro, oh mi modelo, concededme que lo acepte todo como Vos!*

¿Habéis cometido una falta? ¡oh! jamás, estad seguro de ello, Jesús jamás cometió faltas; no podéis representárosle en vuestro lugar, pero podéis verle de cerca, ayudándoos á reparar el mal que habéis

hecho, é indicándoos afectuosamente las precauciones que debéis tomar.

¿Se trata de que toméis una determinación? Escuchad á Jesús que os da como regla de conducta, esta sentencia, que fué siempre su regla: *Yo no busco mi gloria, sino la de mi Padre que está en los cielos.*—Y decid como El: *Yo quiero hacer siempre lo que sea del agrado de Dios.*

Escuchad aun á Jesús: *Busca ante todo el reino de los cielos*, es decir, *lo que te conduce al paraíso, la salud de tu alma.*

La gloria de Dios y la salud de nuestras almas, hé aquí los sentimientos que llenaban el Corazón de Jesús, los que dirigían siempre sus acciones, los que quiere ver siempre en vuestros corazones, y los que deben también inspirar todos nuestros actos.

VII.

Representarse á Jesús viendo las acciones de los demás.

Tenéis, en derredor de vosotros, almas muy bellas y muy santas.

No todas son perfectas, pero todas poseen algunas virtudes que las hacen ser amadas de Dios y caras á los ángeles.

Todas os servirían en algo de verdaderos mode-

los, si tuviérais la mirada caritativa de los ángeles, no tratando de buscar sino lo que es santo y amable en ellas.

En toda familia y en toda comunidad cristiana donde Dios es conocido, adorado, servido y amado, no tan perfectamente como lo era en la familia de Nazaret, pero con la voluntad permanente de serle fiel: en todas esas familias, puede decirse que Jesucristo está representado enteramente.

En esta alma infantil, está su *inocencia*; y en aquella otra siempre docil á la voz maternal, está su *obediencia*.

En esta alma de adolescente que lucha por conservarse inocente, y en aquella otra que aun ignora el mal, está su *pureza*.

En esta madre abnegada, afectuosa y vigilante, y en aquel padre laborioso é infatigable hacia los suyos, están su *ternura* y su *paternal é incesante solícitud*.

En este enfermo resignado, están su *paciencia*, su *sumisión* y *tranquilidad*.

En estos *hermanos* y aquellas *hermanas* tan unidos, que juntos oran con placer y juntos se ocupan en socorrer á los pobres, están su *piedad* y su *misericordia*

Procurad, pues, descubrir *lo que hay de Jesucristo* en todos aquéllos con quienes vivís, y con el deseo á lo menos, uníos á lo que piensan y á lo que hacen.

¿No es ésa una ocupación útil? ¿no es un poderoso estímulo para el sacrificio, el sostenimiento y la conservación del espíritu de familia?

* * *

Si observáis, entre los vuestros, á algunos miembros de la familia que dejan percibir los defectos de su carácter, se propasan un momento y se muestran ásperos, caprichosos, impacientes y de mal humor. No les tengáis mala voluntad, compadecedlos, y para hacer olvidar á Jesús la pena que habría experimentado, durante su vida mortal, si hubiese visto y oído lo que véis y oís, mostraos, ese día, *más tiernos, más afables y más alegres*.

¿No es éso lo que Jesús habría hecho?

Una niña de nueve años, viendo á su hermano más pequeño que ella, de mal humor, le dijo: *Vete á esconder un poco; yo voy á distraer á mamá para que no te vea; éso le causaría mucha pena*.

¡Encantadora niña! ¿Por qué cada vez que percibimos, al rededor de nosotros, una desobediencia, un acto de pereza, de obstinación, ó escuchamos una palabra menos sumisa, no nos esforzamos, con un poco más de sumisión y de trabajo, y con una oración más piadosa, por hacer olvidar á Dios la falta que acaba de cometerse y por ocultarla de algún modo á sus ojos?